

PRESENCIA Y PODER

Sabiduría interior
que impacta a tu alrededor

ENRIC LLADÓ

ÍNDICE

PREFACIO	7
CAPÍTULO PRIMERO. Presencia y silencio.....	9
CAPÍTULO SEGUNDO. El centro físico	51
CAPÍTULO TERCERO. El centro emocional	99
CAPÍTULO CUARTO. El centro mental	163
CAPÍTULO QUINTO. El centro espiritual	203
CAPÍTULO SEXTO. Presencia total	239
CAPÍTULO SÉPTIMO. El otro centro	283
EPÍLOGO	313
BIBLIOGRAFÍA.....	317

PREFACIO

En el momento de terminar esta obra, miro hacia atrás y me doy cuenta con cierta nostalgia de los años que han pasado desde que me decidí a escribir mi primer ensayo, un experimento que titulé *Los círculos de la influencia personal*.

En ese ejercicio iniciático esboqué un primer modelo para tratar de entender el mecanismo de la influencia humana. Mi propósito era ser capaz de describir de manera fácil algo aparentemente complicado.

Desde entonces han pasado muchas cosas y el modelo inicial ha evolucionado. Poco a poco se ha convertido en algo multidimensional y completo.

Estoy satisfecho por fin y siento que, ahora sí, es el momento de que salga a la luz.

Porque cada vez que vuelvo a leer mis propias palabras, me sorprendo conectando con un agradable estado de ánimo, me siento más centrado.

También percibo que a través de ellas llega más de lo que yo mismo quería transmitir cuando las escribí. Para mí es buena señal: mi propio libro me ayuda a aprender.

Ojalá tú sientas lo mismo. Porque al abrir estas páginas estarás entrando en mi espacio más personal: ahora sé que el misterio de la influencia es el tema central de mi búsqueda vital.

No sabría explicarte los motivos. Puede que sea el eco de algún mito lejano que me influye desde un pasado remoto. Quizás refleje alguna necesidad personal desatendida. No lo sé. La cuestión es que el asunto me apa-

siona y resuena profundamente en mi interior. Me parece un tema maravilloso que promete los tesoros más preciados. Porque nos habla de los demás y también de nosotros mismos. De la realidad visible, pero sobre todo de la realidad invisible.

De una realidad que en muchas ocasiones no se puede expresar con palabras, que todavía esconde la magia de lo inexplorado, de lo sorprendente y de las infinitas posibilidades.

Pues bien, este libro pretende ser un minúsculo agujero, un portal tan pequeño que es casi imposible, entre los demás y nosotros, entre la realidad tangible y la intangible.

Un agujerito infinitesimal por el que vislumbrar el finísimo haz de luz que atraviesa las múltiples dimensiones de la existencia. Dimensiones diferentes, sí, pero al mismo tiempo conectadas, que intercambian vida en forma de energía e información.

Carl Sagan dijo una vez que nosotros somos ni más ni menos que el Universo observándose a sí mismo.

Pues eso, te invito a que eches un vistazo por este agujerito, a ver qué pasa.

CAPÍTULO PRIMERO

—

PRESENCIA Y SILENCIO

Gruñón místico

Cada año, por Pascua, marchábamos del minúsculo convento y emprendíamos un viaje de tres días hasta llegar a la catedral.

El viaje era duro, especialmente para los más ancianos. Pero todos lo esperábamos con mucha ilusión.

Abandonar el rigor del convento, recorrer juntos el camino hasta Plasencia, encontrarnos con sus gentes, respirar otros olores, era una aventura y un auténtico placer.

Pero el colofón del viaje era, por encima de todo, la catedral.

Era bella, majestuosa. Llena de representaciones que revitalizaban en tu mente las imágenes de la Historia Sagrada, haciéndolas más claras y luminosas un tu interior. Los vitrales se encargaban de darles color transformando la luz que los atravesaba y que se había ido desvaneciendo en el recuerdo desde la última visita.

Pero lo mejor de todo es que iera enooooorme!

Acostumbrados a la estrechez de las celdas de cuatro pies y medio del Palancar, aquellas dimensiones abismales te hacían experimentar a Dios en toda su inmensidad. Allí sí era posible vivenciar un atisbo de la grandeza. Acercarse a comprender, aunque solo fuera minúsculamente, qué podría significar la palabra infinito.

Así que, cuando era el momento de empezar los preparativos para el viaje, una ola de energía invadía el convento, que parecía renacer, cobrar vida al fin. Parecía que la primavera empezara a penetrar en nosotros porque todos estábamos más alegres y cordiales.

Todos menos el viejo hermano Ciriaco.

Cada año, sistemáticamente, era el último en terminar de preparar su zurrón y en calzarse las alpargatas de viaje. Lo hacía a regañadientes, refunfuñando

–Insensatos, grrr, atajo de ignorantes, grrr, paletos...

Gruñía por lo bajini, como disimulando, pero en el fondo deseando que todos le oyeran. Los demás no sé, pero yo entendía perfectamente los insultos que se escapaban de su boca desdentada.

Siempre había sido el más huraño del convento pero en esas fechas su mal humor alcanzaba sus cotas más altas.

La cosa se ponía peor cuando llegábamos a la catedral. Cada expresión de asombro de un hermano, cada manifestación de satisfacción del grupo, tenía como premio un rebuzno y, en sordina, un par de insultos de propina.

Aquel año no me pude contener.

–¿Qué os pasa cada año, querido hermano, que cuando vamos a la catedral y mostramos nuestro asombro ante la majestuosidad de Dios, os molestáis y empezáis a gruñir?

–¿Majestuosidad de Dios decís? Grrr... la verdad, no entiendo muy bien qué demonios hacéis todo el año estudiando y rezando... para esto... Venid, ios mostraré!

Por sorpresa, me agarró fuertemente del brazo y me arrastró hasta la puerta de la catedral. Apartando a manotazos y rebuznos a la gente que estaba en el umbral, me colocó justo debajo de la entrada, con un pie dentro y otro fuera.

–Mira adentro –me dijo–. ¿Qué ves?

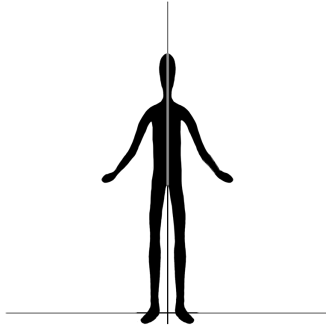
Todavía sorprendido por su reacción y ante la visión de la impresionante cúpula, no pude más que responder:

–Veo... veo... grandeza, majestuosidad...

–Grrr... bien, bien, ahora mira afuera –me dijo, señalando con su mano hacia el cielo–. ¿Qué ves?

–Pues... no veo nada... unos pájaros revoloteando... el azul del cielo...

–¡¿Lo veis?! ¡¿Lo veis?! ¡A eso me refiero!! –exclamó, como el que consigue una ansiada victoria–. La única majestuosidad que encierra la catedral, es la de vuestra propia ignorancia.



Hemos venido para hacer algunos cambios

Isla de Inchkeith, año 1493.

El terrible experimento de Jacobo IV llega a su fin. El suplicio va a terminar para los niños que han sido recluidos allí desde su nacimiento. Hasta entonces, han sido privados de todo contacto con otros seres humanos. Su único vínculo con la Humanidad ha sido una criada sordomuda a la que se le ha prohibido cualquier tipo de intercambio lingüístico y afectivo con los niños.

El objetivo del experimento es descubrir qué lengua hablarán de manera natural, si nadie les ha enseñado a hablar ni han podido entrar en contacto con idioma alguno.

El resultado, según la propaganda oficial de la época, es que «hablaban un muy buen hebreo».

Los testimonios extraoficiales apuntan, no solo a que no hablaban lengua alguna, como es natural, sino a que, por desgracia, no sobrevivió ninguno.

Lamentablemente, esta no fue la primera ni la última vez en la que tuvieron lugar experimentos semejantes. Los escritos de Herodoto hablan de experiencias similares llevadas a cabo por el faraón Psamtik en el siglo VI A. C. Parece ser que Federico II de Prusia y el káiser Guillermo «El Grande» también llevaron a cabo la misma atrocidad.

El maldito experimento es la demostración de dos cosas:

En primer lugar, se convierte en una prueba más de que la crueldad humana no tiene límites, especialmente cuando se es muy poderoso, se vive cómodamente y se

tiene la sensación de ser intocable o prácticamente inmortal.

Es una prueba más de que el poder jerárquico, político o religioso puede corromper fácilmente a las personas y convertirlas en máquinas inconscientes e insensibles al servicio de fuerzas oscuras. El poder que se otorga, que no emana directamente de la propia persona, consume a su portador: no es la persona la que posee el poder, sino que es el poder el que posee a la persona.

Solo aquellos cuyo poder emana de su propia naturaleza, de su persona y no de títulos, puestos, linajes o distinciones, son capaces de soportar la fuerza centrífuga del lado oscuro del poder. Estos son los verdaderamente poderosos.

Y de estos, haberlos «haylos».

Curiosamente, a estas personas el poder otorgado no les interesa para nada. Sencillamente no lo quieren, entre otras razones quizás porque no lo necesitan.

Llevo años estudiando a estas personas tan especiales. En este libro hablaremos de ellas. También hablaremos del control y del poder, de su lado luminoso y de su lado oscuro.

Por otro lado, el miserable experimento también nos muestra algo que sin embargo no requiere de ninguna demostración: que las personas somos en relación con otras. Que necesitamos de los demás para validar nuestra existencia. Necesitamos hablar con otros, interactuar, intercambiar, de lo contrario sentimos que no existimos. Nos convertimos en fantasmas y la falta de conexión y contacto nos llevan a la enfermedad o incluso a la muerte.

Uno necesita sentir que existe y la prueba irrefutable de la propia existencia suele ser el efecto que produce

en lo demás. Que le miren cuando habla, que le escuchen, que reaccionen.

Por eso es tan desagradable saludar a alguien por la calle y que no nos devuelva el saludo. O estar hablando con alguien y que se dé la vuelta y se marche sin haber podido acabar de explicar lo que queríamos.

Nos aterroriza que nos ignoren, tanto que preferimos una respuesta negativa o desagradable a que no haya respuesta. Necesitamos sentir que producimos un efecto en los demás y en el mundo que nos rodea.

Mi interpretación de esta necesidad es que hemos venido al mundo para hacer algunos cambios. Que nuestra vida tiene un sentido y que este sentido es hacia fuera: transformar la realidad con nuestra aportación personal.

Algunas personas realizarán grandes cambios, otras se ocuparán de cambios más pequeños pero igualmente necesarios. Cada persona tiene un papel que representar.

Pobres aquellos que sientan que no están cambiando nada a su alrededor. Su existencia irá quedando vacía de contenido, de sentido y de vida. Una existencia sin influencia es como hablar para las paredes: al poco tiempo uno se acaba callando.

No hemos venido para pasar inadvertidos y desaparecer sin dejar rastro alguno. Tenemos una misión que cumplir.

Y aunque hemos llegado hasta aquí desnudos, es igualmente cierto que se nos ha enviado bien equipados y con el poder de llevar a cabo estos cambios. Se nos ha dado una magnífica herramienta para lograr nuestro propósito.

La herramienta somos nosotros mismos. Pero, ¿sabemos cómo usarla?